

Cuando los Creyentes Piensan

Richard Rice

Al enseñar religión en la universidad, encuentro que mi desafío más grande proviene de dos tipos contrastantes de estudiantes. Algunos estudiantes sienten que sus convicciones religiosas son tan obviamente ciertas, que no necesitan examinarse. Otros insisten en que la religión es tan obviamente falsa que no merece ninguna consideración seria.

Hace algunos años tuve dos alumnos que representan estas dos actitudes opuestas. "Daniel" era un estudiante ministerial alto y moreno, que odiaba todas las clases que tomaba conmigo, aunque, desafortunadamente, su plan de estudios requería que tomara varias. Le disgustaba pensar seriamente en la religión y su desdén era evidente. Se sentaba en el medio del aula y ponía una cara de estudiado aburrimiento. Nunca tomaba notas, nunca formulaba una pregunta, nunca hablaba, a menos que fuera para quejarse de que las ideas teológicas no eran más que juegos mentales para gente descariada.

"David" estaba igualmente desanimado con mis cursos, pero por razones enteramente diferentes. Convencido de que la religión no tenía nada que ofrecer a las personas pensadoras, como él mismo, ridiculizaba abiertamente a cualquiera que creyera en eso. Y acusaba a aquellos que defendían la religión, como yo, de defender una posición desesperanzada porque, o éramos renuentes a pensar, o porque teníamos miedo de que la gente supiera lo que realmente creíamos.

Como lo demuestran esos ejemplos, se debe definir con gran precaución la relación entre la fe y la razón. En respuesta a los Danieles y Davides de mis clases, siempre presento la religión como algo que necesita y merece una cuidadosa investigación. Sos-

tengo que la fe y la razón están más cerca que lo que muchos creen, aunque existen diferencias muy importantes entre ellas. En otras palabras, insto a los creyentes a pensar, y animo a los pensadores a creer.

Reconciliar la fe y la razón

La relación entre la fe y la razón es una de las preocupaciones más antiguas del cristianismo, y es un asunto que no se puede dejar de lado. Por siglos, los cristianos han dado por suelta la importancia de la fe, y han cuestionado el valor de la razón. Sin embargo, en el mundo moderno la situación es inversa. Hace unos 200 años ocurrió un cambio en el pensamiento occidental y el peso de la prueba se volvió hacia el otro lado. Como lo dice uno de los personajes de Tom Stoppard: "Presumiblemente hay una fecha en el calendario —un momento—, cuando la responsabilidad de la prueba pasó del ateo al creyente, cuando de repente y en secreto, nadie la tenía".¹ Hoy la gente más educada da por sentado el valor de la razón, mientras le resulta problemático el valor de la fe. Generalmente la fuerza de su desafío pone a la defensiva a los creyentes. En consecuencia, muchos cristianos ven a la razón como una amenaza seria para la fe, y buscan la manera de evitarla.

Ha llegado el momento de que abandonemos esta posición defensiva y le demos otra mirada a la relación de la fe y la razón. El hecho es que la razón no es necesariamente una amenaza de la fe, sino una tremenda ayuda. Por un lado, una vez que la fe está presente, el pensamiento cuidadoso puede fortalecer el compromiso religioso. Por otro lado, puede abrirle el camino a la fe, ayudando a preparar a la persona para el compromiso reli-

gioso. Examinemos estas dos contribuciones.

De acuerdo con la Biblia, el pensamiento cuidadoso juega un papel central en la experiencia religiosa. Hay varios pasajes que describen el crecimiento en el conocimiento como un elemento importante en la vida cristiana. Por ejemplo, la segunda epístola de Pedro exhorta a sus lectores a poner "toda diligencia por esto mismo, añadida a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; y a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor."² En los Hechos de los Apóstoles se alaba a los judíos de Berea: "Estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así".³

En Filipenses Pablo ora para que el amor de sus lectores "abunde aun más y más en ciencia y en todo conocimiento".⁴ Colosenses contiene una oración similar: que sus lectores sean "llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios".⁵

En la Biblia también se critica a los cristianos que no experimentan crecimiento espiritual. En Hebreos, por ejemplo, se lamenta que los lectores no avancen más allá de una comprensión rudimentaria de la Palabra de Dios, y los insta a continuar el proceso de maduración.⁶ De manera similar Pablo llama a los cristianos de Corinto "niños en Cristo", porque no están listos para la comida sólida.⁷

El Nuevo Testamento describe

también el rol del entendimiento en la vida cristiana. Lleva a una vida de actividad fructífera. Contribuye al crecimiento general de la comunidad cristiana. Y lo que es más importante, fortalece la fe. El pensamiento cuidadoso incrementa la comprensión, y una comprensión acrecentada profundiza el compromiso religioso. Colosenses 2:2 une las ideas del conocimiento, el entendimiento y la convicción con la esperanza de que los cristianos alcancen "todas las riquezas del pleno entendimiento."

Elena de White insta a los cristianos a examinar sus creencias cuidadosamente para profundizar la confianza espiritual y combatir la oposición y el criticismo. Ella dice que es la única manera de marcar el paso al avance de la misma verdad. "No podemos pensar", declara, que "poseemos toda la verdad, comprendemos los pilares principales de nuestra fe, por lo tanto podemos descansar en nuestro conocimiento".⁸ Ella se refiere al cielo como una escuela donde la educación va a continuar por la eternidad, ya que continuamente surgirán "nuevas verdades que comprender".⁹

Abordar la duda

El pensamiento cuidadoso, además de ayudarnos a comprender qué creemos, nos ayuda a responder a las preguntas o dudas sobre nuestras creencias. Generalmente, el desarrollo de la fe personal no es un fácil e ininterrumpido crecimiento de la confianza. En cada experiencia religiosa hay montañas y valles. Tarde o temprano, nos vamos a encontrar con pruebas y obstáculos que prueban nuestra confianza en Dios. Cuando sucede esto, la razón puede ayudarnos. Encontrar respuestas a preguntas difíciles sobre nuestras creencias puede fortalecer en gran medida nuestra confianza. Muchas personas creen que la contribución más importante que la razón puede hacer a la experiencia religiosa es aclarar las dudas.¹⁰

Además de incrementar el compromiso religioso y vencer la duda, la razón puede afectar el modo de ver

nuestras creencias. Un examen cuidadoso hace que nuestra percepción de la importancia de determinadas creencias pueda incrementarse o decrecer. Las creencias que una vez se ubicaban en el centro de nuestra fe, pueden moverse a la periferia, y otras creencias que parecían secundarias al principio pueden asumir una importancia primaria. El escrutinio racional afecta también la confianza relativa que tenemos en ciertas creencias. A veces la gente descubre que algunas ideas que sostuvo por mucho tiempo no están tan bien fundadas como pensaba. Otras veces encuentra que las evidencias que sostenían ciertas ideas no son tan impresionantes como parecían al comienzo.

El pensamiento cuidadoso a menudo revela que los argumentos tradicionales de nuestras creencias son inadecuados. Pero puede también conducir al descubrimiento de que otros argumentos tienen una base más sólida que nunca. Además, cuando los cristianos piensan cuidadosamente, a veces encuentran que la dimensión total del credo se torna menos importante que su vida religiosa como un todo. Después de examinar sus creencias, la gente puede descubrir que las relaciones personales y el compartir la vida de una comunidad religiosa son más importantes que las doctrinas específicas.

Como indican las variaciones en los efectos de la investigación racional, siempre existe un riesgo en pensar seriamente sobre la fe. Nunca se puede garantizar el resultado. El pensamiento cuidadoso puede encontrar respuestas a las preguntas, descubrir otras evidencias que fundamentan las creencias, incrementar la comprensión y profundizar el compromiso. Pero esa misma actividad puede poner de manifiesto argumentos inadecuados,

levantar preguntas, introducir la duda y debilitar la confianza.

Estos riesgos son la razón por la cual algunas personas sienten que no vale la pena arriesgarse a llevar a cabo una investigación racional, y prefieren no formular preguntas sobre sus creencias. De todos modos, a largo plazo esta actitud está sentenciada al fracaso. Tarde o temprano, la verdad va a "salir", como ellos dicen, y van a aparecer preguntas difíciles. Si esas preguntas aparecen después de los intentos de sofocar el proceso de la investigación, la fe puede verse enormemente amenazada. Los que finalmente comienzan a formular preguntas, a menudo sospechan que los que los desaniman a hacerlo están ocultando algo. Entonces, cualesquiera sean los riesgos que corramos al someter nuestras creencias a una investigación seria, nunca van a ser mayores que los que correremos si rehusamos hacerlo.

Además del hecho de que esto no funciona a largo plazo, hay una razón más fundamental para rechazar la estrategia protectora en materia de fe. Rechazar el examen de nuestras creencias es incompatible con la confianza inherente de la fe. La fe involucra la



convicción de que puedes arriesgar tu vida por el objeto de tu confianza. Los creyentes maduros no siempre sienten una compulsión especial por ofrecer argumentos intelectuales de su fe. Pero, nunca rechazan examinar sus creencias cuando se presenta la situación, y nunca desaniman a otros de investigar. Las personas que no quieren reflexionar sobre sus convicciones religiosas y que no son capaces o no están dispuestas a ofrecer razones para sus creencias, dan la impresión de que, o no tienen claro lo que creen, o no tienen real confianza en sus creencias.

Aunque generalmente la búsqueda de evidencias que sustenten las creencias religiosas tiene lugar cuando el compromiso religioso está presente, a veces el pensamiento cuidadoso prepara el camino al compromiso religioso. Considera los conocidos intentos de proveer una base racional a la religión; por ejemplo los clásicos argumentos de la existencia de Dios. Señala la existencia de un Ser supremo que puede ser alcanzado, si se quiere, y que puede establecer una relación personal con nosotros. Los resultados de esta investigación son mínimos, comparados con la doctrina completa de Dios, pero pueden ayudar a preparar el camino para un compromiso religioso consciente. Al demostrar que la experiencia humana en general contiene la evidencia de la existencia de Dios, esos argumentos refutan la objeción familiar de que la religión no es nada más que un prejuicio privado o una intuición personal. Al eliminar algunos de los obstáculos que impiden que la gente considere la religión, la razón puede establecer a la fe como un opción para los pensadores.

Aunque la contribución de la razón a la fe es importante, sería un serio error sobreestimarla. El pensamiento cuidadoso puede auxiliar a la fe en diferentes maneras significativas, pero la fe nunca es solamente el producto del pensamiento racional. La lógica sola nunca puede mover a nadie desde el punto de descreimiento hasta el punto donde el único resultado es la confianza en Dios.

Los límites de la razón

Varios elementos limitan el rol de la razón en la fe. Primeramente los hechos de la experiencia. Los orígenes de la fe son notablemente oscuros. La gente nunca se convirtió en creyente por un proceso directo de investigación racional, y se duda que los argumentos filosóficos alguna vez hayan convertido a alguien.¹¹ En lugar de las evidencias lógicas, los factores que conducen a la fe son de carácter no racional. A menudo son impresiones vagas, influencias sutiles de otras personas, o emociones especiales que despiertan ciertas experiencias.

Esas observaciones concuerdan con el relato bíblico de la conversión. Jesús compara al nuevo nacimiento con el viento, cuyo origen y destino es imperceptible. "El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu".¹² Si la conversión viniera a través del proceso de la investigación racional, seríamos capaces de proveer un recuento claro, paso por paso, de su llegada. Pero no podemos describir el curso general del desarrollo de la fe y observar las características que exhibe en las distintas situaciones y etapas de la vida, pues el surgimiento real de la fe es inescrutable. Siempre tiene un elemento de misterio.

Algo más que define el rol de la razón en la fe es el hecho de que la calidad de la fe y la profundidad del compromiso religioso no son directamente proporcionales a la habilidad intelectual. Un vasto aprendizaje no garantiza un compromiso religioso firme. De hecho, muchas veces, lo opuesto también es cierto. Algunas personas pierden el interés en los asuntos religiosos a medida que se toman más educadas. A veces nos referimos a la "fe simple" de los niños como un ejemplo sobresaliente de la devoción religiosa, y la confianza del niño generalmente no se turba por las complejidades que ocupan a los adultos.

Además de los hechos de la experiencia mencionados, la naturaleza

misma de la fe limita la contribución que hace la razón. La fe presupone libertad personal, y la libertad requiere alternativas genuinas. Si la confianza en Dios fuera la única posición disponible, si la razón no permitiera otra posibilidad, entonces la fe no podría admitir nada más que lo obvio. No habría una libre respuesta al amor salvador de Dios. Es más, contradiría el don de la salvación. Si la razón humana puede producir fe, entonces la fe representaría un logro humano, un tipo de obras intelectuales virtuosas, no una respuesta a la gracia divina.

La noción de que la razón puede producir un compromiso religioso está también en conflicto con el grado de confianza característica de la fe genuina. La fe entraña completa confianza. Es la confiada seguridad que hace su objeto totalmente seguro. En contraste, la investigación racional nunca logra más que un alto grado de probabilidad, por lo menos en asuntos de significancia personal. Por eso, la inferencia racional no puede producir la certeza segura de la fe. De ahí que pensamos que la fe va más allá de las evidencias disponibles. Afirma y confía en más de lo que la razón misma puede probar.

El hecho de que la razón no produce fe tiene consecuencias importantes para la experiencia religiosa personal. Ya que los resultados de tal investigación no son completamente concluyentes, siempre hay lugar para la duda. Nunca alcanzamos el punto en que estamos tan seguros de nuestras convicciones que nos encontramos más allá de la posibilidad de perderlas, tan cerca de Dios que no se nos puede arrastrar. Así como cada paso en el desarrollo de nuestra experiencia nos trae nueva evidencia que mantiene nuestra confianza en Dios, cada fase de la vida presenta nuevos desafíos a nuestra confianza en él.

Los ejemplos más destacados de fe que aparecen en la Biblia, enfrentaron sus pruebas más grandes como creyentes maduros. Job y Abraham tuvieron una prueba severa después de haber estado cerca de Dios por mu-

chos años. Esto apoya un punto que los teólogos cristianos existencialistas han señalado a menudo. La fe nunca es un logro permanente. No es algo que adquirimos una vez y para siempre, sino que debemos afirmar una y otra vez en las experiencias concretas de la vida.

El fundamento de esta idea es que la razón contribuye a la fe de manera limitada, pero importante. Al mostrar que la fe es intelectualmente responsable, la razón puede preparar el camino para la fe y fortalecer la fe una vez que está presente. Es un error grave desconocer la relación entre la razón y la religión. Al mismo tiempo, es igualmente erróneo poner demasiado énfasis en el significado de la fe para la razón. Los creyentes tienen la valiosa oportunidad y la solemne responsabilidad de pensar. Pero siempre habrá más campo para la fe de lo que el pensamiento solo puede lograr.

NOTAS

¹ Tom Stoppard, *Jumpers* (New York: Grove Press, Inc., 1972), p. 25.

² 2 S. Pedro 1:5-7. Todas las citas de este artículo son tomadas de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

³ Hechos 17:11.

⁴ Filipenses 1:9.

⁵ Colosenses 1:9-10.

⁶ Hebreos 5:11-13; 6:1.

⁷ 1 Corintios 3:2

⁸ *El Evangelismo* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1976), p. 219.

⁹ *La Educación* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1964), p. 296.

¹⁰ En el capítulo titulado "Qué debe hacerse con la 'duda'", Elena G. de White anima a buscar evidencias que sostengan su fe. "Dios nunca nos exige que creamos sin darnos suficiente evidencia sobre la cual basamos nuestra fe. Su existencia, su carácter, la veracidad de su Palabra, todas estas cosas están estable-

cidas por testimonios que apelan a nuestra razón, y estos testimonios son abundantes" (*El camino a Cristo* [Mountain View, California: Pacific Press Publishing Association, 1909] p. 110).

¹¹ A pesar de lo que algunos creen esto no invalida la empresa de formular tales pruebas. (Ver por ejemplo, John Hick, Introduction to *The existence of God*, John Hick, ed. [New York: Macmillan, 1964], p. 5.)

¹² S. Juan 3:8.

Graduado de University of Chicago Divinity School, Richard Rice ha enseñado en Loma Linda University-Riverside (actualmente La Sierra University) desde 1974. Este artículo es una adaptación de su cuarto libro: Reason and the Contours of Faith (La Sierra University Press, 1991).